

CIENCIA POLÍTICA Y ARTE DEL GOBIERNO (SOBRE UN DISCURSO DE TOCQUEVILLE)

Por MANUEL ZAFRA VÍCTOR

EL DISCURSO EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICA.—LAS IDEAS GENERALES.—LA TRADICIÓN DE DISCURSO.—DE MONTESQUIEU AL ÚLTIMO UJIER DEL REINO.—EL JUEGO DE LAS CAUSALIDADES. LAS CONSECUENCIAS INTENCIONALES DE LA ACCIÓN.—TRADICIONALISMO Y RACIONALISMO.—CONCLUSIÓN.

Este ensayo trata el controvertido tema de la relación teoría-práctica en la política. Lo hace siguiendo un Discurso de Tocqueville que reunió en su persona la doble condición de hombre de pensamiento y de acción.

La primera parte del trabajo sigue la exposición del Discurso intercalando comentarios de las tres grandes obras de Tocqueville. Cuando interviene en la Academia vive un momento crucial. Da por concluida su trayectoria política y se dispone a escribir *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Doce años atrás aparecía la segunda parte de *La Democracia en América* y dos años antes había desgranado, a modo de catarsis, sus vivencias de la revolución en *Recuerdos de la revolución de 1848*.

El diputado y luego ministro, Alexis de Tocqueville, comprueba con desazón la distancia entre la reflexión y la acción de gobierno pero no desespera en encontrar puentes entre ambas porque, pese a la innegable diferencia de lógicas entre teoría y práctica política, hay una relación directa y evidente. No prescribe reunir pensamiento y acción en la misma persona, piensa que las sociedades democráticas dominadas por la igualdad, sienten el apremio por lo inmediato y dedican todo su tiempo a la práctica con total descuido de la meditación teórica.

La Academia debe asumir la producción de ideas generales en cada una de las ramas que integran la ciencia política. Aunque pudiera parecer un empeño quimérico, las grandes obras del pensamiento facilitan la tarea porque las preocupaciones de la humanidad en torno a la política, han mantenido un tono constante. Con la ayuda de la tradición de discurso de S. Wolin, se analiza la construcción de la ciencia política en su nivel más general y abstracto.

En siguiente apartado, no obstante la advertencia de Tocqueville de mantener separada ciencia política y arte del gobierno, se aborda la conexión entre ambas a través de la principal propuesta tocquevilliana: el autogobierno ciudadano como el mejor procedimiento de acercar hechos e ideas.

Los dos últimos epígrafes desarrollan una reflexión paralela: la relación causas generales-causas accidentales. Tocqueville intenta hacer inteligible la historia identificando causas generales pero alerta contra la pretensión de inferir de ellas acontecimientos previsible. De la misma forma que el cultivo de la ciencia política no evita la necesidad de afrontar la irrupción de accidentes, las causas generales no anticipan un único y previsible resultado sino un elenco de probabilidades que limita severamente la prospectiva política. Junto al juego de las causalidades se contemplan los efectos laterales de la acción para desvelar la fragilidad de los asuntos humanos y comprender las consecuencias sociales de agregar comportamientos individuales.

La disputa racionalismo-tradicionalismo ubica a Tocqueville como un pensador a caballo entre dos corrientes, defensor de un rico eclecticismo y partidario de sostener un término medio después de haber argumentado, con un estilo muy marcado, en términos disyuntivos.

EL DISCURSO EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICA

El 3 de abril de 1852, Alexis de Tocqueville se dirige a los miembros de la Academia de Ciencias Morales y Políticas con un discurso sobre la distinción entre la Ciencia Política y el arte del gobierno. El golpe de Luis Napoléon había acabado con su trayectoria política y en aquellos momentos repasaba melancólicamente una vocación nacida veinte años antes. Aunque el foro donde pronunciaba la conferencia lo desmintiera, Tocqueville adoptaba el mismo estilo que en *Los Recuerdos de la Revolución de 1848*: el tono introspectivo de quien miraba a distancia los acontecimientos.

En este libro Tocqueville recurre a la cometa inclinada del lado contrario a la cuerda y el viento para simbolizar el componente azaroso e imprevisible de la política. Con evidente sorna, ridiculiza a quienes reclaman la autoría de las revoluciones, cuando en realidad, sus presuntos méritos no pasan de encabezarlas una vez desencadenadas (1).

Entonces ¿por qué plantear la relación ciencia política-arte del gobierno si ni siquiera los grandes acontecimientos son previsible? ¿Merece la pena gastar energías en un empeño destinado al fracaso?, si como confesaba a su amigos Kergolay y Beaumot, todas las acciones necesitan el impulso de una pasión (2) ¿compensaba

(1) *Recuerdos de la Revolución de 1848*. Editorial Trotta, 1994, con prólogo de RAMÓN RAMOS.

H. ARENIT desarrolló este argumento en las últimas páginas de *Sobre la Revolución*.

(2) «Mon idée comme toutes les idées complexes et que ni peuvent être comprises que par l'étude d'un grand nombre de faits particuliers ne pénètre jamais profondément dans la foule. Elle n'est de nature

hacer ciencia política? Tocqueville opone *ordre logique* y *ordre de coeur*, la distinción pascaliana que reivindica las razones del corazón. Y sin embargo la meditación teórica es una exigencia ineludible, aunque la realidad niegue repetidamente el orden lógico de las ideas.

El discurso (3) comienza lanzando la pregunta *Y a-t-il une science de la politique?*, un interrogante urgente cuando les hommes politiques discuten su misma posibilidad, *il y a quelque chose d'un peu pueril à s'imaginer qu'il ait un art particulier qui enseigne à gouverner*, dicen precisamente aquellos que debieran ser los destinatarios de la ciencia política. Invocan la singularidad de los tiempos y las gentes, la peculiaridad de las circunstancias, ningún elemento común autoriza a formular principios de materia tan contingente, basta el sentido común: *il est à croire que le simple bon sens lui eût été d'un plus grand usage*.

En el rechazo de la ciencia política y en la sola defensa de la intuición, del buen sentido, teme Tocqueville un gran daño (*grand tort*). Porque la política tiene una doble naturaleza, una fija y otra móvil, la primera trata las cuestiones permanentes de la humanidad: las necesidades e instintos, los intereses y facultades revelados por la filosofía y la historia que cambian de objeto en función de los tiempos sin cambiar de naturaleza. Son los problemas perennes, las preguntas constantes que todas las generaciones han enfrentado: *quels sont les droits naturels qui appartiennent au corps social et les droits que l'individu exerce* (4). *Tout ceci est la science*.

Esta reflexión no puede desconocer, sin embargo, otra dimensión de la política: la lucha contra las dificultades cotidianas, tan imprevisibles y azarosas como variados son los incidentes que se presentan en el ejercicio de decidir. *C'est l'art du gouvernement*.

Como en sus recuerdos de Sorrento, Tocqueville reconoce que el arte y la ciencia difieren, incluso se excluyen, destacar en un campo no significa hacerlo en el otro y de los muchos hombres de Estado eminentes que han simultaneado esta condición con la de brillantes historiadores, se puede decir que si triunfaron como gobernantes no fue por su erudición sino a pesar de ella. El *ordre logique* de la ciencia habitúa al ingenio, a lo original, a lo delicado en tanto las pasiones que mueven el

ni à saisir ni à passionner un grand nombre d'hommes, ni à servir de but visible aux efforts d'un parti» (O.C., t. XII, 2, págs. 128-129).

«Vous le savez comme moi, ce n'est pas le raisonnement, c'est la passion que mène le monde, ou de moins, la raison n'y fait son chemin que quand elle rencontre quelque passion que veuille par hasard lui faire compagnie» (O.C., t. VIII, 2, pág. 296).

(3) *Discours prononcé à la séance publique annuelle de l'Académie des Sciences Morales et Politiques du 3 Avril 1852 par M. de Tocqueville, Président de l'Académie* (O.C., t. XVI págs. 229-242).

(4) En *La Democracia en América* señala otra de las preocupaciones políticas constantes de la humanidad: «La libertad y la autoridad se repartirán siempre el mundo intelectual en dos partes; esas dos partes serán más o menos diferentes según los siglos.

La autoridad puede ser ejercida en nombre de un cierto poder o en nombre de otro, pero la autoridad misma subsistirá.» Se cita por la Edición de Eduardo Nolla en Aguilar, vol. II. 1989, pág. 34.

mundo son siempre espesos lugares comunes. En otra parte de *La Democracia en América* abunda en el juicio:

«El mundo no se dirige con largas y sabias demostraciones. La visión rápida de un hecho particular, el estudio diario de las pasiones cambiantes de la multitud, la casualidad del momento y la habilidad para apoderarse de él deciden todos los asuntos» (5).

He ahí *les gros lieux communs que mènent le monde. Mais s'ensuit-il que la science politique n'existe pas ou qu'elle soit vaine?* De ningún modo. Le cuesta a Tocqueville argumentar lo evidente, defender la existencia de la ciencia política en el país donde mayor ha sido su influencia. *Qui a produit cette révolution française, en un mot, le plus grand des événements de l'histoire?... c'est la science politique, et souvent la science la plus abstraite...* la concebida por unos hombres que jamás tomaron parte en los asuntos públicos, *les hommes de lettres*.

En la arquitectura de *El Antiguo Régimen y la Revolución*, el primer capítulo del libro III, dedicado a las consecuencias derivadas del acceso de los hombres de letras a la condición de principales hombres públicos, ocupa el lugar de la primera causa desencadenante de la revolución. Fue, es verdad, causa pero también efecto. El progresivo alejamiento de las clases impidió la emergencia de espíritu público, de asuntos comunes en los que tomar conciencia de la necesaria colaboración para solventar problemas que a todos afectan. Ante esta carencia, los hombres de letras creyeron remediar los males de la sociedad aplicando las teorías elaboradas en la soledad de sus gabinetes, con el auxilio de su sola razón, ignorando una verdad elemental: «lo que es cualidad en el escritor puede ser vicio en el hombre de Estado, y las mismas cosas que han dado origen a excelentes libros pueden conducir a grandes revoluciones» (6).

Hicieron mala ciencia política que encontró terreno abonado en una sociedad dividida a la que se prometía grandes beneficios en poco tiempo. Su influjo fue innegable y funesto. A pesar de la negativa de los políticos a admitir la ciencia política, Tocqueville advierte de su inequívoca existencia y de su poderoso ascendiente sobre los gobiernos, aunque no siempre tengan conciencia de que al gobernar, están siguiendo los mandatos de las ideas generales decantadas por la ciencia política. Va aún más lejos en su admonición: no sólo responden a las ideas generales sin saberlo, en muchas ocasiones, sin quererlo. Tal es su fuerza. Y también su inevitabilidad. Ideas generales y civilización marchan de la mano, a medida que la humanidad abandona su condición primitiva las ideas se hacen más generales, abarcan más hechos particulares, refuerzan la colectividad. *Les barbares sont les seuls où l'on ne reconaisse dans la politique que la pratique*.

Como la democracia, las ideas generales y la ciencia política, son un hecho providencial, antes de lamentarlo, conviene, dirigir su rumbo, porque, como la demo-

(5) *La Democracia*, II, pág. 71.

(6) *El Antiguo Régimen y la Revolución*, I, Alianza Editorial, 1982, pág. 162.

cracia, dejadas a la inercia, provocan grandes males. En cambio bien orientadas, proporcionan incontables bienes.

*Notre Académie, Messieurs, a pour mission de fournir à ces sciences nécessaires et redoutables un foyer et une règle. Necesarias y temibles, esta es su naturaleza, cobijarlas y regularlas pide una nueva ciencia política para un tiempo enteramente nuevo, según la célebre introducción de *La Democracia en América*. En esta obra maestra Tocqueville compara la democracia con un hecho providencial, irresistible, pero no tan fatal que no admita corrección: la democracia como estado social compensada con la democracia política, las dos democracias de Tocqueville (7) cuya contraposición aparece claramente expuesta en una nota del final de la segunda parte:*

«El estado social separa a los hombres; es preciso que el estado político los aproxime. El estado social da el gusto por el bienestar [v: los inclina hacia la tierra]; es preciso que el estado político les vuelva a elevar dándoles grandes ideas y grandes emociones» (8).

El antídoto contra la democracia es más democracia. De la misma manera, si la ciencia política es tan temible como la democracia, su remedio ha de pasar por elaborarla de la mejor forma, lejos de los partidos, en la región serena de la teoría. Esa es la gloria y el peligro de la Academia: elevarse sobre el ruido o ceder a las pasiones del momento. ¿Por qué exige la ciencia política el cultivo de la teoría si fue un exceso de abstracciones lo que contribuyó a producir la revolución? ¿Por qué resguardar la Academia del fragor diario de la política? ¿No se corre el riesgo de separar ciencia y arte? La respuesta a esta aparente paradoja se halla en el corazón mismo de la democracia.

LAS IDEAS GENERALES

En los primeros capítulos de la segunda parte de *La Democracia en América*, Tocqueville aborda el estatuto epistemológico de las ideas generales como problema central de la ciencia política (9). En el Discurso a la Academia insiste en esta relación:

«... chez tous les peuples civilisés, les sciences politiques donnent la naissance ou du moins la forme aux idées générales, d'où sortent ensuite les faits particuliers au milieu desquels les hommes politiques s'agitent et les lois que'ils croient inventer».

En 1841 escribía en el mismo sentido a Kergolay:

(7) LAMBERTI: «J. C. Tocqueville et les deux democracies», PUF, 1983 y DRESCHER SEYMUR: «Tocqueville's two Democracies», *Journal of the History of Ideas*, 25 (2), 1964, págs. 201-234.

(8) *La Democracia*, II, pág. 378.

(9) JAMES CEASER: «Alexis de Tocqueville on political science, political culture, and the role of the intellectual», *American Political Science Review*, 79 (3), 1985, págs. 656-672.

«La experiencia me enseña cada día que el éxito y la grandeza en este mundo residen más en la buena elección de esas ideas generales y principales que en la habilidad que permite zafarse diariamente de las pequeñas dificultades del momento» (10).

Sin ideas comunes no hay sociedad. Nadie está en condiciones de formular por sí mismo todas las ideas generales, necesita recibir un gran número de ellas sin cuestionarlas. Con su característico estilo disyuntivo, Tocqueville inventaría las ventajas e inconvenientes de las ideas generales (también en los trabajos preparatorios de estos primeros capítulos reconoce la ventaja de exponer el activo y pasivo de la democracia). Así, su lado fuerte consiste en permitir formar juicios rápidos sobre un gran número de objetos pero su lado débil radica en la pérdida de precisión, en la superficialidad del criterio empleado (11).

Que el ahorro de energía cognitiva (12) facilitado por las ideas generales sea positivo y no sólo *un gros lieu commun*, depende de la calidad de las ideas, depende de que hayan surgido de la reflexión, del descubrimiento de relaciones nuevas. Incluso cuando la meditación no ofrezca más que una conjetura imperfecta habrá contribuido a depurarlas. Pero lo más probable será que las ideas generales no respondan al vigor intelectual sino a la pereza, al deseo de conseguir mucho con poco esfuerzo. Una derivación más del individualismo, la enfermedad de la democracia. Tocqueville había planeado preceder estos primeros capítulos de la segunda parte de *La Democracia* con la caracterización del individualismo, ese sentimiento de repliegue hacia la privacidad, consecuencia más saliente de la nivelación igualatoria democrática.

El propósito tenía sentido. La igualdad genera una sensación encontrada, al compararse con el vecino, la gente comprueba con satisfacción la semejanza pero al hacerlo con la sociedad, siente la infinita pequeñez de su proporción. El primer sentimiento le da confianza, el segundo lo abrumba, el hombre democrático solo ve a uno y a todos. Pero de este doble comportamiento, el segundo se impondrá (13).

Y lo hará porque la igualdad surge espontáneamente, sus ventajas se notan a simple vista, basta para gozarlas el mero hecho de vivir. La libertad, en cambio, exige un permanente estado de alerta, es difícil de alcanzar y fácil de perder, sus efectos benéficos tardan en apreciarse mientras que sus excesos son evidentes. Hay una extraordinaria asimetría entre igualdad y libertad. La que media entre el corto y el largo plazo. A corto plazo, las ventajas de la igualdad se imponen pero sus inconve-

(10) Cit. por E. NOLLA en la segunda parte de *La Democracia*, pág. 26.

(11) «... el hombre no puede vivir sin prejuicios y no sólo porque su buen sentido o su discernimiento no serían suficientes para juzgar de nuevo todo aquello sobre lo que se le pidiera algún juicio a lo largo de su vida sino porque una ausencia de tal prejuicio exigiría una alerta sobrehumana». H. ARENDT: *¿Qué es la política?*, Paidós, 1997, pág. 52.

(12) Expresión tomada de M. DOUGLAS: *Cómo piensan las instituciones*, Alianza Editorial, 1996.

(13) Ésta es una idea recurrente a lo largo de la segunda parte de *La Democracia*, pág. 29. El estilo disyuntivo de Tocqueville lo destaca N. MATTEUCCI: «Alla ricerca dell'ordine politico», Il Mulino, pág. 208.

nientes resultan inadvertidos y sólo aparecen pasado el tiempo. La libertad provoca despilfarro de recursos comparada con la energía de un gobierno centralizado, pero a la larga, produce más. Quienes defienden la superioridad del despotismo inteligente están en lo cierto. Para dar impulso y regularidad a una gran empresa, se necesita reunir en un punto gran cantidad de recursos. Sin embargo, la ganancia comparativa del gobierno republicano no está en el orden metódico sino en la incesante actividad que promueve (14).

Este esfuerzo contracorriente requerido por la libertad es, sin embargo, imprescindible para evitar que la igualdad degenere en despotismo. Imprescindible pero difícil. La igualdad puede estimular el deseo de superación, pero será más frecuente que presione hacia la conformidad e inhiba la pasión por elevarse. Esta doble salida se resuelve en una probabilidad asimétrica: el despotismo primará sobre la libertad (15).

En lo relativo a las ideas generales ocurre otro tanto. La asimetría de probabilidades las inclinará del lado de la pereza y en detrimento de la reflexión. La presión del corto plazo empuja a las sociedades democráticas hacia la práctica: a conseguir mucho con poco. La meditación teórica aparece entonces como una ocupación secundaria. El esfuerzo de reflexión que la ciencia exige cuadra mal con la constante movilidad en el interior de las democracias. La ciencia política preconizada por Tocqueville encuentra un terreno poco propicio y al igual que la libertad, pide marchar río arriba. En ausencia de reflexión teórica, las ideas generales surgirán de la opinión pública, de los juicios apresurados y superficiales de la mayoría ante los que discrepar exigirá un acto de audacia y valor.

Atando algunos cabos se llega a una reveladora conclusión: la ciencia política que favorece el pensamiento teórico en medio de un individualismo encerrado en la práctica, contribuye a la libertad. Sólo los bárbaros no ven en la política más que la práctica (16).

El miedo al aislamiento, la insignificancia, lleva a plegarse a la opinión de la mayoría cuyo dominio suple a la religión en las sociedades democráticas. Esta espiral del silencio (17) crea, por así decirlo, unas ideas generales negativas, verdaderos

(14) *La Democracia*, I, pág. 226 y sgts.

(15) G. POGGI, *Immagini della società. Saggi sulle teorie sociologiche de Tocqueville*, Marx e Durkheim, Il Mulino, Bologna, 1972. El capítulo que compara igualdad y libertad con esta asimetría de probabilidades es *Por qué los pueblos democráticos muestran un amor más ardiente y más duradero por la igualdad que por la libertad* (*La Democracia*, II, págs. 131-135).

(16) De la misma manera que las asociaciones son personas aristocráticas en la democracia, las academias desempeñan una labor análoga: «Una academia que tenga por objetivo ilustrar a los hombres que se ocupan de las artes o de las ciencias y darles, a expensas del Estado, un bienestar y un ocio que a menudo les niega el estado social, constituye una institución que puede no ser del gusto de una nación democrática, pero que, sin embargo, no le es nunca contraria y puede ser a veces necesaria para la existencia de una democracia. Es una institución eminentemente democrática», *La Democracia*, pág. 128.

(17) Alude al conocido título de la obra de E. NOELLE-NEUMAN, *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, Paidós, 1995.

tópicos cuyos efectos perniciosos alientan el espejismo de que puede conocerse todo sin apenas esfuerzo. Ésta es una nueva forma de servidumbre en medio de la que los espíritus libres sentirán el oprobio de un despotismo aún más insidioso.

LA TRADICIÓN DE DISCURSO

A la ciencia política toca desvelar la novedad de este despotismo y ponerle remedio. ¿Cómo construir la ciencia política? Volvamos al Discurso:

«Comparer la philosophie morale et politique de Platon et d'Aristote avec les doctrines des plus grands philosophes modernes sur les mêmes matières. Apprécier ce qu'il y a de temporaire et de faux, et ce qu'il a de vrai et d'immortel dans ces différents systèmes.»

Lo que hay de verdadero e inmortal en el pensamiento de Platón y Aristóteles corresponde a la parte fija de la política, aquella que trata de los problemas que cambian con el tiempo sin cambiar de naturaleza. A diferencia de las ciencias físicas, las ciencias morales tienen un objeto bien definido: el hombre, que a través de las épocas, y a pesar de los errores, ha ido acrisolando una tradición de discurso a la que recurrir:

«Il y a cette grande différence, parmi beaucoup d'autres, entre les sciences physiques et les sciences morales, que le champ des premières est presque sans bornes, puis qu'il n'a de bornes que celles de la nature, tandis que les autres sont renfermées dans l'étude d'un seul sujet, l'homme, et, bien que cet unique objet varie beaucoup d'aspect, suivant les individus et le temps, et que d'ailleurs la demi-obscurité qui l'environne toujours prête à toutes sortes d'illusions et d'erreurs, cependant le nombre d'idées-mères que ces sciences ont produites n'est pas aussi grand qu'on pourrait le penser en songeant à tous ceux que s'en sont occupés.»

Como escribe Wolin (18), una tradición de discurso ofrece un vínculo de continuidad entre pasado y presente. La naturaleza del vocabulario político y la existencia de un núcleo común de problemas, ha posibilitado el diálogo con el pensamiento de otros siglos. Así, mientras para un hombre de ciencia sería difícil buscar inspiración en la ciencia medieval, el teórico político halla provechosa la conversación con quienes, sobre las mismas cuestiones, pensaron a lo largo del tiempo.

La parte fija de la política forja la tradición de discurso sobre la continua reaparición de ciertos temas controvertidos: las relaciones de poder entre gobernantes y gobernados, la índole de la autoridad, el carácter del conocimiento político...

«Il serait peut-être permis d'appliquer aux sciences morales et politiques ce que Madame de Sévigné dit si agréablement de l'amour, qu'il est un grand recommenceur. Il leur arrive souvent, en effet, de répéter ce qu'elles ont dit déjà d'une autre

(18) *Política y perspectiva*, Amorrortu, 1973, págs. 11-37 y *Voz Teoría Política en Enciclopedia Internacional de Ciencia Sociales*, págs. 292-301.

manière. Elles n'offrent qu'un petit nombre de vérités qui ne soient pas fort anciennes, et peu d'erreurs qui ne parussent très décrépite, si l'on savait la date de leur naissance.»

Un *grand recommenceur*. Las ciencias políticas retoman constantemente el mismo debate pero cada época aporta novedades que enriquecen la tradición de discurso. Los conceptos de la filosofía política conjugan así continuidad y cambio formando un conjunto de significados que dotan a los hechos históricos de relevancia teórica. Pero en el bien entendido que la tradición de discurso se aparta de la historia, no sigue la sucesión cronológica, la historia no es fuente de sabiduría política. Tocqueville también advierte contra la ilusión de buscar en el pasado hechos aleccionadores, de proceder así, se caería en el mismo error que al sobrevalorar la práctica (19).

«L'étude même de l'histoire, que éclaire souvent le champ des faits présents, l'obscurcit quelquefois. Combien ne s'est-il pas reconstruit de gens parmi nous qui, l'esprit environné de ces ténèbres savantes, ont vu 1640 en 1789 et 1688 en 1830, et que, toujours en retard d'une révolution, ont voulu appliquer à la seconde le traitement de la première, semblables à ces doctes médecins que, fort au courant des anciennes maladies du corps humain, mais ignorant toujours le mal particulier et nouveau dont leur patient est atteint, ne manquent guère de le tuer avec érudition!»

La teoría política decanta un vocabulario y una gramática en constante evolución cuya justificación última, es la comprensión y orientación de la acción política. La presencia del pasado no se debe a la aparente similitud de los hechos, sino a la continuidad de la preocupación. En la insistencia de Tocqueville acerca de la irreversibilidad de los tiempos (el carácter providencial de la democracia) late la imposibilidad de recrear la historia (restaurar la aristocracia), lo que cabe es analizar la sociedad aristocrática por las enseñanzas que pudiera ofrecer para dirigir la democracia. El tema más famoso de la obra tocquevilliana, el despotismo, constituye el mejor ejemplo de la continuidad y cambio en el pensamiento político.

En el capítulo XI del libro II de *El Antiguo Régimen*, Tocqueville aborda la libertad aristocrática:

«Esta constitución rara y viciosa de las funciones públicas venía a representar una especie de garantía política contra la omnipotencia del poder central. Era algo así como un dique irregular y mal construido que dividía su fuerza y amortiguaba su choque» (20).

Frente al celo reformador de filósofos y economistas en uniformar la sociedad y centralizar el poder al modo geométrico, Tocqueville exalta la irregularidad de una constitución que por su complejidad conjuraba el despotismo. La comprensión de la aristocracia permite establecer una relación inequívoca: al despotismo corresponde

(19) «Y siempre he observado que, en política, muchas veces resulta perjudicial tener demasiada memoria», *Recuerdos*, pág. 56.

«Luis Felipe había sido burlado, como ya he dicho que lo fueron sus ministros, por aquella luz engañosa que la historia de los hechos anteriores arroja sobre el tiempo presente», *Recuerdos*, pág. 82.

(20) *El Antiguo Régimen y la Revolución*, t. 1, pág. 133.

una sociedad simple de iguales aislados entre sí. Ahora bien, la democracia supone un punto de inflexión en la naturaleza del despotismo. Teorizado por Montesquieu como el gobierno de uno solo y sostenido por el temor de los gobernados, salta a la vista como una imagen violenta. El despotismo de la democracia no se aprecia a simple vista. Es más suave, tutelar e inadvertido, el mismo término de despotismo cuadra mal a la novedad del fenómeno pero mantiene con la concepción tradicional la idea común de un régimen nivelador e inorgánico cuya fuerza nace de la separación abismal entre los dominados (21).

«La naturaleza del amo me importa mucho menos que la obediencia» (22). La teorización del despotismo pasa del dominador a los dominados. De ahí la necesidad de una nueva ciencia política para una nueva época, de ahí también la defensa apasionada del pensamiento de otros tiempos para construirla (23).

Tocqueville encaja en lo que Wolin llama pensamiento épico (24). Aunque la riqueza de su obra haya servido de inspiración a casi todos los campos del conocimiento, destaca la dimensión épica, el compromiso en orientar a los dirigentes de la democracia para preservar la libertad en un medio tan poco propicio. El estilo de Tocqueville adopta reiteradamente un tono disyuntivo que desmiente la sólida ima-

(21) «Democracy in America was Tocqueville's attempt to create in theory the new old democracy and to preserve in practice a certain specific political truth that had been embodied in the old world of aristocracy», S. WOLIN: *The presence of the past*, The Johns Hopkins University Press, 1989, pág. 67. En la misma línea F. FURET: *Pensar la Revolución Francesa*, Petrel, 1980, pág. 199: «... esta contradicción traduce esencialmente un conflicto de valores que se hunde en las profundidades de la sociedad global, y particularmente en el interior de cada individuo iluminado entre el individualismo democrático y el espíritu de casta nobiliario —dos formas igualmente degradadas de relación a sus dos modelos y, por esta razón, mucho más incompatibles y hostiles. Finalmente, el único principio que puede reconciliarlas es el despotismo».

(22) Esta expresión pertenece al trascendental capítulo de la segunda parte de *La Democracia* que lleva por título «Qué especie de despotismo deben temer las naciones democráticas».

(23) En un artículo sugerente y provocador, W. HENNIS sostiene que de tener algún maestro, ROUSSEAU y no MONTESQUIEU sería el más claro inspirador de Tocqueville. Porque, como Rousseau, Tocqueville está preocupado no por hacer compatibles libertad e igualdad sino en pensar la ciudadanía como tensión entre la libertad y la solidaridad, entre la individualidad y la socialidad. En esta tarea, según HENNIS, Tocqueville nada tenía que aprender de MONTESQUIEU, en cambio ROUSSEAU le había consagrado su vida y obra, *Revista de Estudios Políticos*, núm. 22, 1981, págs. 7-38. En una dirección análoga, J.-M. BESNIER: *Tocqueville et la liberté politique en Etat Ideologie*, G. LABICA, Ed. Du Centre National de la Recherche Scientifique, 1990.

Para la relación Tocqueville-Montesquieu la visión más ponderada es la de LUIS DIEZ DEL CORRAL: *El pensamiento político de Tocqueville*, Alianza Universidad, 1989: «Tocqueville va a heredar estas preocupaciones de Montesquieu, aunque con notables cambios... es sucesor del Montesquieu que teorizó sobre la división de poderes, pero aún lo es más del que meditó sobre los poderes intermedios, porque le ofrecía la posibilidad de llegar a un plano más profundo de la realidad política, que condiciona el juego del principio de la división de poderes, letra muerta tantas veces en los textos constitucionales de su país», págs. 308-309.

(24) «Political Theory as a Vocation», *American Political Science Review*, 63, págs. 1062-82, y *Hobbes and the Epic Tradition of Political Theory*, University of California, Los Angeles, 1970.

gen del profeta de la sociedad de masas. Tocqueville no predice, previene. Su ciencia política no guarda relación con la preocupación de una parte de la politología actual en buscar regularidades predecibles. Hace ciencia política para prevenir, advirtiendo continuamente de la asimétrica probabilidad de que la democracia degenera en despotismo y anarquía o estimule la libertad política (25).

Que sea uno u otro el desenlace depende de la voluntad humana, del propósito deliberado de superar el riesgo latente en la democracia, porque es más probable el despotismo que la libertad.

DE MONTESQUIEU AL ÚLTIMO UJIER DEL REINO

Con tan gráfica expresión (26), Tocqueville prescribe la necesidad de acortar la distancia entre ideas y hechos de manera que el descenso entre aquéllas y éstos tenga lugar de manera gradual. La ciencia política integra un cuerpo que va de lo general a lo particular, de la teoría a la práctica, *on la voit alors descendre, par des degrés réguliers, du général au particulier, et de la pure théorie vers les lois écrites et les faits*. De la filosofía universal del gobierno a la jurisprudencia pasando por el derecho de gentes y el derecho criminal o la economía política.

En las sociedades democráticas, la ciudadanía oscila entre lo muy particular y lo muy general, sólo se ve a sí mismo y al género humano. Como se indicaba antes, esta situación le lleva a sobredimensionar lo propio y a banalizar lo común sin establecer entre lo particular y lo general relación alguna que supere este defecto de apreciación. Al concebir la ciencia política descendiendo en grados regulares, Tocqueville intenta salvar ese abismo. Pero también es perceptible en su pensamiento la preocupación por el flujo inverso: de la experiencia a la teoría, desde abajo hacia arriba. La interacción entre ambas corrientes fortalece la entidad de la ciencia política e impide el divorcio entre pensamiento y acción.

La reivindicación del gobierno local o de las asociaciones son los remedios propuestos en *La Democracia en América* para superar el aislamiento individual y evitar la distancia inmensa entre los asuntos particulares y los generales ya que el individuo en las democracias, sólo ve a uno y a todos sin reparar en círculos más propicios como la vecindad, quienes comparten el mismo oficio o se hallan afectados por la misma preocupación. Estos asuntos pequeños ejercitan a la ciudadanía en las tareas de gobierno, despiertan la conciencia de las dificultades para alcanzar ciertas metas a la par que le desarrolla el sentido de la responsabilidad. Aquí radica la fundamental diferencia entre la democracia francesa y americana:

(25) La diferencia entre prevención y predicción implica una actitud distinta: previene quien está comprometido, predice quien adopta una posición neutral e indiferente con el resultado. Wolin reúne hechos y valores superando la dicotomía introducida por el positivismo. Sobre este punto, J. HABERMAS: *Teoría y praxis*, Taurus, 1987.

(26) *La Democracia*, II, pág. 70.

«Los americanos son un pueblo democrático que siempre ha dirigido por sí mismo los asuntos públicos y nosotros somos un pueblo democrático que durante largo tiempo sólo ha podido pensar en la mejor manera de conducirlos.

Nuestro estado social nos llevaba ya a concebir ideas muy generales en materia de gobierno cuando nuestra constitución política nos impedía todavía rectificar esas ideas con la experiencia y descubrir poco a poco su insuficiencia, mientras que entre los americanos esas dos cosas se equilibran sin cesar y se corrigen mutuamente» (27).

La falta de experiencia, como sabemos, llevó a los hombres de letras a confiar en su sola razón para concebir grandes cambios sin reparar que el mejor conocimiento de la sociedad sale del ejercicio diario del autogobierno, una energía que jamás será suplida por el más ilustrado de los despotismos. En cambio, América ofrece el ejemplo de un pueblo con pocas inclinaciones hacia las ideas generales pero con un vivo amor por asumir iniciativas políticas.

Este saludable hábito hace que las ideas generales surjan de la mejor forma: de la reflexión. La doctrina del interés bien entendido tiende puentes entre los asuntos propios y los de todos, cuando alguien examina la mejor forma de llevar sus intereses, constata la necesidad de contar con los demás. Aunque en un primer momento piense en las ventajas del egoísmo, acaba por reconocer que esta salida le deja en situación demasiado frágil. Para despertar este celo es imprescindible que la gente se vea en la necesidad de tratar problemas comunes. Ésta es la principal tarea del legislador en las sociedades democráticas: crear espacios públicos.

El interés bien entendido no rebaja la importancia del interés particular pero la modera:

«Se ocupan del interés general en primer lugar por necesidad y después por elección. Lo que era cálculo se hace instinto y, a fuerza de trabajar por el bien de sus conciudadanos, finalmente adquieren el hábito y la afición de servirlos» (28).

El cálculo convertido en instinto origina ideas generales con fuerte arraigo, la adhesión voluntaria que se les presta permite situarse en el mundo sin necesidad de someter a crítica continua las ideas recibidas, cumple el papel que Tocqueville entiende necesario para hacer de un grupo de individuos una sociedad civil.

Es así como Montesquieu puede ilustrar los trabajos del último ujier del reino con un rayo último y lejano.

(27) *La Democracia*, II, págs. 42-43. Este párrafo de Tocqueville recuerda la distinción de SARTORI: «El punto de partida de ambas democracias, la empírica y la racional, es la soberanía popular. Sin embargo, la constitución inglesa no reconoce status constitucional a una entidad como "el pueblo". Del mismo modo, el grueso de la literatura americana se ha planteado mucho menos el interrogante "¿qué es la democracia?", y mucho más la pregunta "¿cómo funciona la democracia?"», *Teoría de la democracia*, I, Alianza Universidad, 1987, pág. 79.

(28) *La Democracia*, II, pág. 145.

EL JUEGO DE LAS CAUSALIDADES. LAS CONSECUENCIAS ININTENCIONALES
DE LA ACCIÓN

Tocqueville no pensó la ciencia política para dar un instrumento a los gobernantes con el que anticipar los efectos de las decisiones. No entendió la política como una actividad sujeta a predicción pero sí la consideró inteligible, a decir de S. Hadari (29) supo combinar la dimensión nomológica e ideográfica de la ciencia en una mezcla de teoría social y filosofía política que hace de su legado uno de los más ricos y originales del pensamiento.

Que pueda construirse una ciencia política no dispensa de la contingencia y fragilidad de la política, el arte del gobierno seguirá desafiando las reflexiones teóricas. La historia sólo se hace inteligible retrospectivamente porque la imprevisibilidad está en la condición humana y el futuro aparece siempre incierto, de lo contrario la libertad quedaría comprometida. En la medida que el porvenir estuviera contenido en el pasado, la posibilidad de interrumpir el curso de la historia, se volvería ilusoria y la posibilidad de iniciar algo nuevo se vería suplantada por la obediencia a unas leyes subyacentes. Pero la historia tampoco depende de los incidentes que en cada momento irrumpen en la política. Ni el azar ni la necesidad gobiernan el mundo. Parece sensato repartir el peso de ambas influencias según las situaciones.

Tocqueville atribuye a la gente de letras el gusto por las causas generales y a los políticos la querencia por los accidentes. Los primeros por haber escrito sobre la política sin haber participado en ella y los segundos por producir los hechos sin preocuparse en describirlos.

Este juego de causalidades arroja la voluntad humana a una condición penosa:

«¿Quién podría decir en qué límites estrechos tiene lugar eso que nosotros llamamos el libre albedrío? El hombre obedece a causas primeras que ignora, a causas secundarias que no puede prever, a mil caprichos de sus semejantes. Finalmente, se encadena él mismo y se liga para siempre a la frágil obra de sus manos» (30).

Este desesperanzado interrogante refleja la vulnerabilidad de los asuntos humanos: conocer las causas generales, la parte inteligible de la historia, no nos garantiza el desenlace, quizás porque la historia sólo se hace inteligible cuando un acontecimiento trascendental ha tenido lugar e ilumina el pasado de tal manera que jamás pudo inferirse de él sino al contrario: el pasado surge del presente.

(29) «Tocqueville's second series of transgressions bypasses two allegedly insurmountable philosophical obstacles.

(1) The artificial divorce between descriptive and normative analysis is disregarded. Not only do Tocqueville's inquiries, like any other, secrete some implicit values; Tocqueville explicitly adopts a normative stand, states a commitment to openly advocated values, and passes judgement accordingly. Unsurprisingly, his work has been classified as both political philosophy and social theory», *Theory in practice. Tocqueville's New Science of Politics*, Stanford University Press, 1989.

(30) *La Democracia*, I, pág. 231.

«Creo que yo percibía más claramente que cualquier otro las causas generales que empujaban a la monarquía de julio, por la pendiente, hacia su ruina. Lo que no veía eran los accidentes que iban a precipitarse en ella... Me retiré temprano... me dormí sin saber que había visto el último día de la monarquía de julio» (31).

La distinción entre causas generales y accidentales debilita la misma idea de causa rebajando su potencial explicativo y predictivo toda vez que los efectos aparecen desconectados de las causas.

En el capítulo «Algunas tendencias particulares de los historiadores en los siglos democráticos» de *La segunda democracia* (32), Tocqueville contrapone el proceder de los historiadores en tiempos democráticos y aristocráticos. Los primeros sólo aprecian causas generales, los segundos causas accidentales. En las notas había escrito: «Este capítulo se relaciona estrechamente con el de las ideas generales.» De ahí la oportunidad de contemplar el problema de la causalidad dentro de la reflexión sobre la ciencia política.

Cuando un historiador de los siglos democráticos mire el pasado, verá una cadena de hechos unidos entre sí mediante una relación necesaria. Las personas habrán desaparecido y en su lugar emerge un impersonal género humano. Una vez más, la razón de este juicio, hay que buscarla en el principio de igualdad: la insignificancia del individuo aislado le lleva a considerar que la historia es obra anónima cuya autoría corresponde a la sociedad. Una fuerza frente a la que no cabe sino ceder, se vuelve irresistible. Otro capítulo anterior incide en la propensión de las sociedades democráticas a personificar entidades abstractas: «Dirán que las fuerza de las cosas exige que las capacidades gobiernen» (33).

Concebida así la historia, la libertad se reduce a plegarse a la necesidad.

Los historiadores de los siglos aristocráticos, por el contrario, tienden a identificar accidentes en los actos sobresalientes de personajes heroicos. Tocqueville entiende que ni unos ni otros captan la compleja relación de ambas causalidades.

Una clave de esta incompreensión está en el desajuste entre las intenciones y los resultados, en los efectos preterintencionales de la acción:

«Hay que haber vivido mucho tiempo en medio de los partidos y dentro del torbellino mismo en que ellos se mueven, para comprender hasta qué punto los hombres se empujan mutuamente más allá de sus propios designios y cómo el destino de este mundo marcha por efecto —pero, muchas veces, a redropelo—, de los deseos de todos los que lo forjan, como la cometa que se eleva por la acción contraria del viento y de la cuerda» (34).

(31) *Recuerdos*, págs. 39 y 54.

(32) Págs. 118-122. La centralidad de este capítulo la señalan W. POPE: *Alexis de Tocqueville, his Social and Political Theory*, Sage Publications, 1986, págs. 27 y ss. y G. A. KELLY: *The humane comedy: Constant, Tocqueville and French liberalism*, Cambridge University Press, 1992, págs. 232-233.

(33) *La Democracia*, II, pág. 102.

(34) *Recuerdos*, pág. 47.

Como muestran R. Boudon desde la sociología o H. Arendt y A. MacIntyre desde la filosofía política (35), la acción humana no puede controlar las consecuencias que desencadena. La interacción de gente con proyectos distintos produce resultados que nadie espera. Esta falta de coordinación imprime a los asuntos humanos la imprevisibilidad que Tocqueville llama causas segundas o accidentes en ausencia de expresión más precisa. Una contingencia imposible de conjurar desde la ciencia política. Sólo eliminando la libertad podría alcanzarse la perfecta previsibilidad. Pero entonces estaríamos frente al despotismo: regular, metódico... y funesto.

Buscando las razones ocultas de los efectos preterintencionales, Tocqueville descubre las virtudes de la democracia en las consecuencias indirectas que produce. «No es el magistrado elegido el que hace prosperar la democracia americana, sino que ésta prospera porque el magistrado es electivo» (36). Probablemente la elección no proporcione al mejor magistrado pero el hecho de participar en ella, difunde en el cuerpo social una conciencia de obra propia comparativamente mucho más provechosa que si hubiera sido nombrado.

Por otra parte, la democracia contiene la imprevisibilidad en unos límites razonables. A diferencia de la anarquía, completamente imprevisible y del despotismo, unas veces previsible y otras imprevisible, la democracia ofrece una contingencia soportable. Cuando Tocqueville describe el comportamiento de una minoría que ha perdido una votación aceptando el resultado, da a entender que su conformidad se explica en la provisionalidad de la ley aprobada y en la posibilidad de modificarla cuando la mayoría cambie (37).

Ahora bien, para que esta virtuosa dinámica despliegue sus beneficios, es necesaria la participación continua de los ciudadanos en la política. Los efectos laterales de la democracia exigen el precio de la dedicación a la cosa pública (38). Tocqueville hace inteligible la democracia ante quienes la rechazan y antes quienes la abrazan porque ni unos ni otros reparan en sus ventajas y sus faltas.

(35) R. BOUDON: *La lógica de lo social*, Rialp, 1981, págs. 93-105; H. ARENDT: *La condición humana*, Paidós, 1993, págs. 199-276; A. MACINTYRE, «Tras la virtud», *Crítica*, págs. 116-140.

(36) *La Democracia*, II, pág. 144. «No dudo de que las instituciones democráticas, unidas a la naturaleza física del país, son la causa, no directa, como tantas personas dicen, sino indirecta, del prodigioso movimiento de la industria que se observa en los Estados Unidos son las leyes las que le dan origen, sino que es el pueblo quien aprende a producirlo al hacer la ley», *La Democracia*, vol. I, pág. 239.

(37) *La Democracia*, vol. I, págs. 236-237.

(38) «Democracy is unavoidable: once mankind has eaten the fruits of equality, there is no way back. Yet, although inefficient as a system for decision-making, it can be justified by its non-political side-effects. Universal participation in politics is the price we have to pay if we want society to be energetic and prosperous; and in any case we do not have the choice.» J. ELSTER: «Consequences of constitutional choice: reflections on Tocqueville», en *Constitutionalism and Democracy*, Edited by Jon Elster and Rune Slagstad, Cambridge University Press, 1990.

TRADICIONALISMO Y RACIONALISMO

Tocqueville polemizó con las dos corrientes de pensamiento que, a su juicio, terminaban negando la libertad y por tanto, resultaban poco adecuadas para dar cuerpo a la ciencia política. Contra el racionalismo de los hombres de letras, propensos a ver causas generales, oponía la miriada de causas segundas y accidentales; contra los tradicionalistas argumentaba que el gobierno no podía dejarse al buen sentido y la prudencia. Los racionalistas negaban el arte del gobierno, los tradicionalistas, la ciencia política. Tocqueville personificó en Turgot y Burke ambas concepciones.

A Turgot dedicó varios juicios en el primer tomo de *El Antiguo Régimen y la Revolución* y un completo repaso a sus ideas en el segundo (39). Turgot representaba la mentalidad ilustrada, el despotismo inteligente, la confianza en los efectos prodigiosos de la razón. Cuando eleva su memoria al rey, le anuncia que en pocos años, el pueblo habrá cambiado de faz, los vicios dejarán paso a las virtudes y Francia será el asombro y admiración de Europa. Sorprende a Tocqueville que alguien tan avezado pudiera caer en un optimismo tan ingenuo. «Se tantea poco; ni siquiera hay esa media luz que hace presentar los obstáculos que no se ven.» ¿Cómo pensar que de forma súbita pudiera cambiar sin conmociones una sociedad tan antigua y compleja?:

«La Revolución francesa se hizo en virtud de teorías generales ligadas fuertemente entre sí y formando un solo cuerpo de doctrina, una especie de evangelio político en el que cada principio representaba un dogma» (40).

La precisión en las ideas pero la inexperiencia en su aplicación delataba a quienes desconocían un elemental principio: que las instituciones libres permiten comprender el movimiento general de la sociedad y que la ilustración de los gobernantes jamás podrá igualar ni suplir los efectos saludables de la libertad.

Burke es un pensador muy aludido en *El Antiguo Régimen* teniendo en cuenta la aversión de Tocqueville para desvelar sus fuentes. En él encuentra lo positivo y negativo del tradicionalismo:

«Burke es admirable cuando juzga detalladamente instituciones nuevas, sus efectos inmediatos, los innumerables errores que nacen de la presunción filosófica y de la inexperiencia de los nuevos reformadores. Entrevé algunos de los grandes peligros del futuro. Pero el carácter general, la universalidad, el último alcance de la Revolución que comienza, son cosas que escapan totalmente a su visión. Permanece como enterrado en el mundo antiguo... y no comprende lo nuevo y universal que se forja... sólo percibe de ella (de la revolución) las fuerzas que le quita a Francia y no descubre lo que va a darle» (41).

(39) *El Antiguo Régimen y la Revolución*, t. II, págs. 237-290.

(40) *El Antiguo Régimen*, t. II, pág. 100.

(41) *El Antiguo Régimen*, t. II, págs. 209-210.

La exhortación de Burke de cambiar lo establecido con mano temblorosa, como quien se acerca a las heridas de un padre, constituye una defensa de la prudencia, del arte del gobierno en cuyo auxilio ninguna ciencia política puede invocarse. Burke percibe los accidentes pero es incapaz de reconocer causas generales, sus pinceladas son certeras, pero el cuadro es falso. Contemplando las vísperas de la revolución nadie podía preverla, pero aquella quietud no autoriza a pensar que fuera la obra de unos pocos conjurados. La revolución se había larvado diez generaciones antes. Tocqueville termina su comentario sobre Burke empleando una expresión que literalmente se encuentra en *Los Recuerdos*: eran causas generales (la debilidad de la nobleza, la vanidad de las clases medias, la ignorancia del pueblo) que sólo esperaban ser fecundadas.

CONCLUSIÓN

«Hay que encontrar en alguna parte de la obra, en la introducción o en el último capítulo, la idea del término medio que se ha deshonrado tanto en nuestros días. Hacer sentir que hay una manera firme, clara, fácil de ver y de captar la verdad entre dos extremos.

No quiero que se tome el término medio entre la grandeza y la bajeza, entre el coraje y el miedo, entre la vida y la virtud. Pero me gusta el término medio entre dos excesos contrarios» (42).

Esta vocación integradora hace de Tocqueville un liberal de nuevo tipo. El dilema ciencia política-arte del gobierno carece de sentido, la política siempre alojará estas dos almas y tantos prejuicios se derivan de un extremo como de otro. Igual actitud ponderada tiene hacia la posibilidad de establecer relaciones de causalidad y conceder no obstante un amplio espacio a la fortuna (43). La suya es una actitud prudente pero firme, concebida en términos de probabilidad pero resuelta para actuar:

«Atreverse a decir en alguna parte la idea de L[ouis (Ed)] de que hay que hacer una diferencia entre la afirmación absoluta y el pirronismo, que el sistema de probabilidades es el único verdadero, el único humano con tal de que la probabilidad haga actuar tan enérgicamente como la certidumbre» (44).

(42) *La Democracia*, II, págs. 390.

(43) Esta defensa del término medio convierte a Tocqueville en un liberal de nuevo tipo, difícil de adscribir. Esta característica ha sido destacada constantemente: «Straddling two traditions. Tocqueville takes a middle road between liberal economics and classical politics. That is what makes his position unique.» S. HOLMES: «Tocqueville and Democracy», en *The idea of Democracy*, E. Jean Hampton and Jon Roemer, Cambridge University Press, 1995. Muy interesante desde esta perspectiva, el artículo de ROBERT P. KRAYNAK: «Tocqueville's Constitutionalism», *American Political Science Review*, vol. 81, núm. 4, December, 1987.

(44) *La Democracia*, II, pág. 390.

